



RAFAEL PALMERO RAMOS OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE

CREER EN JESUCRISTO E IMITAR SU EJEMPLO

Bastarían dos palabras para condensar el significado de una fe tan honda y entrañable en el Santísimo Cristo del Buen Acierto, como la que tenéis vosotros: **creer** e **imitar**. Son dos verbos que conjugados al mismo tiempo otorgan carta de autenticidad a esta devoción tan estimada por alfasinos y alfasinas. Solamente podemos afirmar que creemos en Jesucristo si a esta profesión de fe le sigue el deseo de imitar su ejemplo: «El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar la vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará» (Mt 16,24-25). De ahí que tratar de imitar el ejemplo de Jesús sin que nuestros actos, gestos y palabras se sustenten en la convicción de que Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida, sería como un simple tañer de campana cascada. «Y la victoria de la Verdad –comenta san Agustín– es el amor» (*Sermón 358,1*).

Hace más de medio siglo, Romano Guardini escribía estas palabras: «Creer es ver y tener la audacia de afirmar que Jesús es la verdad; no sólo maestro de la verdad, como otros muchos, sino la verdad misma. Jesús es la Verdad (Jn 14,6)... Creer es hacerse discípulo de Jesucristo en todo cuanto constituye la vida humana, orientando el pensamiento, el corazón, los sentimientos que nos inspiran y hacen adivinar lo que es justo y lo que no lo es según sus enseñanzas» (*El Señor*, Patmos, 1965, 523).

Creer en Jesús e imitar su ejemplo significa para nosotros, discípulos suyos, un cambio de vida, una transformación profunda en nuestro modo de

pensar, de sentir, de actuar... Supone, en definitiva, abrazar nuestra cruz de cada día y ponernos en camino tras los pasos del Crucificado, que nos llevan con Él hasta el Calvario. Y que no se detienen allí, en ese monte del dolor, sino que señalan la trayectoria hasta la Pascua de Resurrección. ¡En Cristo la muerte no tiene la última palabra! Ahí está el tremendo misterio y la gran paradoja: perder nuestra vida por amor a Cristo es recuperarla llena de sentido y rebosante de gloria y de eternidad.

«El que encuentre su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 10,39). Al comentar este versículo, Guardini reconoce con descarnada sinceridad: «Es dura esta sentencia. Es la *cruz*. Rozamos aquí el más hondo misterio del cristianismo. El cristianismo y la cruz son inseparables. Desde que Jesucristo tuvo que emprender el camino de la cruz, ésta se halla enclavada en la senda de todo aquel que quiere ser cristiano» (*ibid.*, 519). Es cierto que hoy no resulta fácil y ni es humanamente aceptable hablar de estos temas tan espinosos: cruz, renuncia, sacrificio, humildad, entrega... Pero san Pablo, del que celebramos los dos mil años de su nacimiento, es clarísimo al decirnos que el centro de su predicación es Cristo crucificado: «El mensaje de la cruz es necesidad para los que están en vías de perdición; pero para los que están en vías de salvación –para nosotros– es fuerza de Dios... Porque los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necesidad para los griegos; pero para los llamados a Cristo –judíos o griegos– fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres» (1Co 1,18.22-25).

Desde esta perspectiva, nuestra contemplación del rostro de Cristo Crucificado nos ayuda a comprender el sentido de tanto dolor y tanto sufrimiento –corporal y espiritual– padecidos por esos «otros cristos» que se nos cruzan con nosotros en el camino de la vida. En su grito escuchamos la voz del mismo Jesús, que nos advierte: «Os aseguro que cada vez que lo

hicisteis con uno de éstos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40).

Contemplar la faz dolorida del Santísim Crist del Bon Encert no es masoquismo o dolorismo enfermizo; es redescubrir la novedad de un amor inmenso y desbordante del Dios que se hace hombre para padecer por nosotros, hacernos semejantes a Él y devolvernos la dignidad que habíamos perdido por culpa del pecado. «Inventarse, pues, un cristianismo descafeinado, descrucificado, es ignorarlo todo sobre Cristo. Y no es esto una invitación a la tristeza. La verdadera cruz le habla al creyente mucho más de amor que de dolor o, en todo caso, de ese dolor que surge del verdadero amor. El signo de la cruz no es un adorno, pero tampoco un espantajo. Es una bendición. San Agustín lo dijo hermosamente: *Los hombres signados con la cruz pertenecen ya a la gran casa*» (J. L. MARTÍN DESCALZO, *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, III, 26).

Espero que podáis disfrutar de este jubileo y confío en que las celebraciones religiosas servirán para fortalecer vuestra conciencia de Iglesia, que es Familia y Casa de los hijos de Dios, en torno a vuestro Párroco, y congregados todos en el nombre del Santísimo Cristo del Buen Acierto.

Celebré el año pasado esta fiesta con vosotros y espero poder visitaros pronto, cuando las obras de la nueva iglesia estén en marcha.

Con mi bendición, un saludo cordial para todos.

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol and followed by the name 'Rafael' in a cursive script.

✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante